

"Cada vida conlleva su parte de realización y de frustración"

[hi malagahoy.es /article/ocio/1547264/cada/vida/conlleva/su/parte/realizacion/y/frustracion.html](http://malagahoy.es/article/ocio/1547264/cada/vida/conlleva/su/parte/realizacion/y/frustracion.html)

José María Conget. Escritor

"Cada vida conlleva su parte de realización y de frustración"

El autor aragonés publica en Pre-Textos su nuevo libro de relatos, 'La mujer que vigila los Vermeer', en el que retoma algunos de sus temas principales

Charo Ramos | Actualizado 18.06.2013 - 08:04

En el nuevo volumen de cuentos de José María Conget (Zaragoza, 1948), *La mujer que vigila los Vermeer*, la prosa exigente y a la vez cercana que ha convertido al autor aragonés en uno de los valores más sólidos del sello Pre-Textos vuelve a posarse sobre asuntos afines a su obra: las relaciones familiares, las salas de cine, la amistad, el amor, los ambientes académicos y el olor de los tebeos. Ocho relatos y tres narraciones muy breves, escritos entre julio de 2010 y julio de 2011, integran un volumen donde el humor está menos presente pero que se lee con el mismo placer y curiosidad que trabajos suyos tan valorados como *Bar de anarquistas*, por el que obtuvo el premio Cálamo en 2005. Jubilado ya de la enseñanza, la profesión que ha alternado con la gestión cultural en capitales como Nueva York, París, Lima y Londres, Conget disfruta una etapa de efervescencia creativa en Sevilla, donde reside con su esposa, la traductora Maribel Cruzado. Una nueva novela y otro libro de cuentos aguardan sus respectivas revisiones y correcciones este verano, lo que confirma que la madurez del autor, uno de los grandes secretos a voces de la literatura española, es singularmente fructífera, para disfrute de sus devotos seguidores.

-En este nuevo libro de cuentos que sucede a *La ciudad desplazada* (Pre-Textos) ha incluido un texto que no es ficción, *Dos habitaciones*, y un experimento autobiográfico, *Mi vida en los cines*. En ambos casos aborda el final de la vida con una mirada nostálgica que marca el tono de la obra.

-La mujer que vigila los Vermeer es quizá un libro más oscuro que otros míos pero no se debe a la edad sino a coincidencias vitales. En el proceso de su escritura murieron mi hermana, mi cuñado y mis amigos José Antonio Labordeta (que era mi vecino en Zaragoza), Paco del Río y Félix Romeo. Pérdidas que fueron creando ese poso de tristeza. Siempre digo que escribo de memoria, lo que no quiere decir que mis textos sean autobiográficos. El de los cines casi lo es aunque su desenlace apocalíptico convierte en ficción todo lo que se decía en las páginas anteriores. Mi idea es que cuando se acaben las salas de cine, que tienen los años contados según mi hija, será como la muerte -el único acontecimiento que un escritor nunca puede contar-, como quedarte sin familia, sin amigos, sin las personas que has querido o te quieren. Aunque el otro día fui con mi mujer a ver *Hijo de Caín* y ya estábamos solos. Era muy mala pero no se merecía la soledad. Ninguna película se merece eso.

-Dedica *Mi vida en los cines* a Félix Romeo, gran cinéfilo también.

-Hago recuento de las películas que veía desde niño y de las salas que frecuenté pero no hablo de las películas que les gustan a los críticos, que a mí tampoco me suelen gustar, aunque coincido con ellos en algún nombre además de Kiarostami. A Romeo le había hablado de que una vez se me ocurrió escribir un libro sobre todo lo que me había pasado en los cines, porque mi biografía podría reconstruirse a través de esas salas que son como placentas protectoras cuyos nombres se repiten de

continente en continente. Y él, que era muy pesado, siempre que nos veíamos me preguntaba cómo lo llevaba. Su insistencia me dio la fuerza para escribirlo.

-Entre filias y fobias afloran vetas de humor. "De los Godard cinematográficos, la que de verdad valía la pena era Paulette", leemos. ¿Por qué detesta a Jean-Luc?

-Por su pedantería sin fin. Es como esos alumnos de COU que han leído y visto muchas cosas y tienen ganas de demostrarlo todo el tiempo. La pedantería no la aguanto y en el cine me parece insufrible. Prefiero ver la peor película de terror de serie Z mexicana que una de Godard, el director que más veces me ha sacado de las salas. Aunque cuando era joven intentaba que me gustara y alguna vez hasta lo conseguí, como en *Vivre sa vie*, aunque creo que lo que me gustaba era Anna Karina.

-Otro de los cuentos más ambiciosos es *No calls, no letters, no messages*, una ácida mirada al mundo intelectual y universitario.

-Ese cuento está hecho con mala leche. La cultura debería servirte para disfrutar más de la vida y acercarte a los demás pero hay un tipo de intelectuales, y en el gremio del profesorado son numerosos, que viven en un limbo mental aparentemente consagrado al conocimiento pero tratando cuestiones que sólo les interesan a ellos. En este relato me desfogué contra cierta clase de profesor o intelectual -pues esa actitud se puede dar también entre novelistas, poetas y ensayistas- que se apartan de la vida para habitar en un mundo que es artificial.

-Esa sorna hacia el mundo académico también aparece en el relato que abre el libro, *Suaves laderas*, una de las varias historias que dedica al deseo de ser otro.

-Se me ocurrió hace muchísimos años, cuando vivíamos en Londres y paseaba por Hampstead Heath con unos amigos. Era domingo y vimos a una señora concentrada, mirando fichas de libros, y pensamos que era feliz. La imagen se me quedó grabada. Muchas veces he pensado en esa característica del ser humano de desear las vidas ajenas y en qué hubiera pasado si hubiéramos hecho una cosa en vez de otra. Pero cada vida conlleva su parte de realización y su parte de frustración. Pasé en Londres seis años muy felices y es un escenario que aparece en varios de mis cuentos y novelas. No tengo imaginación, no soy de esos escritores capaces de ambientar una novela en Vietnam sin haber puesto un pie allí. A mis personajes siempre los situo en casas conocidas, que he habitado o visitado. La casa de la playa de mi cuento favorito, el que da título al libro, está inspirada en la mía de Cádiz, cuando di clases allí y vivíamos en el Paseo Marítimo.

-La mujer que vigila los Vermeer es la historia de una obsesión amorosa abocada al desastre. ¿Qué le inspiró ese título?

-Es un relato contado desde el punto de vista de alguien que está fascinado con una mujer y piensa que se la merece más que su marido. En realidad nunca sabes qué pasa en las vidas ajenas, siempre es lo que tú imaginas. El final lo dejo abierto y el título es mi pequeño homenaje a mi mujer. Cuando visitamos exposiciones que nos gustan mucho siempre dice que le gustaría tener ese trabajo: ser guardiana de museo, leer libros, observar a la gente.

-De nuevo la familia, siempre tan presente en su obra.

-A juzgar por las veces que sale, sí. Pero es uno de los grandes temas de la literatura, como nos recuerda *Anna Karenina*: "Todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su modo". Que por cierto no es verdad porque no hay familias felices, sino familias que llegan a tolerarse. A no ser que hayas nacido en una incluida, la familia, como dice Freud, es el caldo de cultivo de toda neurosis.

-Ha hablado de Tolstoi. ¿Cuáles serían sus referentes literarios?

-Los libros que has leído de joven son los que te encauzan más. Por eso digo que Salgari es el autor que más peso ha tenido en mi obra, porque lo leí de niño y me impresionó su romanticismo, su mirada viajera. Luego, conforme crecía, me influyó una mezcla de autores: los novelistas del XIX y el *boom* de la literatura hispanoamericana. Cuando tenía 18 años *Rayuela* me dejó patidifuso, me pareció un antes y un después. Ahora la he vuelto a releer y no puedo soportar a Horacio Oliveira, que se siente interesante sólo por escuchar música de jazz. Pero leerla en los 60, cuando pensabas que todo lo que te rodeaba era la literatura de la berza, fue tremendo. Aunque leo en inglés y en francés me siento inmerso en la tradición de la lengua española y son sus clásicos, la lírica tradicional, *El Lazarillo* o *Don Quijote*, los que más me han influido. Descubrir que los latinoamericanos, con nuestra lengua, asumían un riesgo impensable aquí fue algo inolvidable. Y no digamos el deslumbramiento al leer las primeras páginas de Borges...